

Félix A. Núñez

Oración a Unamuno



MAESTRO de la inmortalidad, padre nuestro
de la congoja cósmica, Prometeo encadenado,
crucificado desde púber entre satisfechos cen-
[turiones

que tocaban la flauta o jugaban al naipe,
Don Miguel de Unamuno, ya no existes,
sino en lo profundo de nuestros corazones,
tú que sólo querías ser, ser eternamente,
contra la lógica de hierro y la triste experiencia.

Quijote integralmente hecho carne por primera vez
[en el mundo,
quizás la única vez, vasco de acero,
que te ponías contra esto y aquello,
rezongando, ululando, gimiendo con los acentos más
[hermosos
que ha tenido jamás nuestra lengua madre,
bendito seas.

Bendito seas para el mundo y para España,
para la vasta España que se extiende desde los Pirineos
que miraron tu estampa de titán rudo y tierno
hasta Chile que amaste entrañablemente,
para la vasta España espiritual,
ascética y sobria de Felipe Segundo
que no morirá jamás.

Trenos y no elegías rítmicas debieran entonarse
en tus funerales, patético vate,
que has remecido como nadie en el planeta
nuestros músculos y nuestros nervios
hasta arrancarles un alarido de humanidad.

Amarga ciencia no te impidió soñar.
Tu perpetua actitud de combate
contra la razón y el corazón,
contra los demás y contra ti mismo
no te impidió arrepentirte muchas veces
y clamar en dulce idioma
tu mística flaqueza y devorar lágrimas en silencio
y estar con tu pueblo, pero con tu pueblo verdadero,
para repartirle tus bienes y decirle sus errores
y tus errores con voz grande y humana,
patriarca de esos que cada tres siglos
le nacen por voluntad divina a estos hombres,
que creen saberlo todo y no saben nada.

Patriarca como Hugo y Dostoiewski y Kierkegaard corporalmente te has muerto en esta hora de muerte de tu España y mi España, que no muere mientras haya un labio que diga: «Padre», o «madre».

Tú que en tus obras y en tus gestos permanentes nos hiciste vivir las horas como siglos y los años como milenarios, duro, anacoreta, enemigo de la frivolidad hasta la exasperación, serás lo que tú ansiabas: eterno en nuestro corazón.

Ibero como los honderos de Aníbal,
español como los conquistadores,
vasco como Ignacio de Loyola,
los que amamos nuestra generación pasada,
los que hemos vivido la historia,
los que sentimos el sentimiento trágico de la vida
hoy sólo podemos decir con orgullo y ternura:
Se ha ido el más grande de los españoles.
Amén.

Concepción, 2 de enero de 1937.